

Hojitas de Fe

Permaneced en Mí

242

9. Vida espiritual

Las Virtudes y la Vida Interior

La virtud de fe

Una vez que por los Sacramentos Dios nos ha otorgado su vida divina, nos toca a nosotros *colaborar con la gracia recibida, por la práctica de las virtudes cristianas*. No pudiendo considerarlas todas en estas lecciones, nos ceñiremos a las tres virtudes teologales, empezando por la *virtud de fe*.

1º Naturaleza de la fe.

La fe es una *virtud sobrenatural que nos inclina a creer, a causa de la veracidad divina y de la autoridad misma de Dios, todo lo que Dios nos ha revelado y propone a nuestra creencia por el ministerio de la Iglesia*.

El elemento esencial del acto de fe consiste en la *adhesión firme* de nuestra inteligencia a la verdad revelada, por la sola autoridad de Dios que habla, y que, siendo la suma Verdad, no puede engañarse ni engañosos. Esta adhesión a la divina revelación exige dos cosas:

1º El concurso de nuestra buena voluntad: pues las verdades reveladas no se imponen a nosotros por su propia evidencia; y así la voluntad ha de obligar a nuestra razón a inclinarse ante la autoridad de la palabra divina, reprimiendo el orgullo o independencia de nuestra mente, que se resiste a colocarse bajo la tutela de verdades cuya evidencia le escapa, y la corrupción del corazón, que se resiste a abrazar creencias cuyas consecuencias molestan a las pasiones.

2º El concurso de la gracia de Dios: pues la fe sobrenatural es una virtud que Dios infunde directamente en el alma, y también es El quien concede las gracias actuales necesarias para ejercitárla: • GRACIAS PREVIAS, muy variadas según los individuos, para conducir el alma a comprobar con certeza el hecho de la revelación e inclinarla suavemente a querer creer; • GRACIAS ESENCIALES al acto de fe sobrenatural, ya sea de luz, para elevar nuestra inteligencia por encima de su naturaleza y hacerla apta para conocer a Dios como El mismo se conoce, ya sea de fortaleza, para hacernos adherir a las verdades reveladas con una certeza y firmeza que superan toda objeción y rechazan toda duda.

2º Cualidades de la fe.

Si resumiéramos las cualidades que debe tener nuestra fe, diríamos que ha de ser *firme, sencilla, esclarecida, santamente orgullosa y viva*:

• **Firme**, pues está fundada en el testimonio mismo de Dios, que merece una adhesión mucho mayor que todo testimonio humano, e incluso que el testimonio de nuestra razón, siempre sujeta a error, o de nuestros sentidos, siempre sujetos a ilusiones.

• **Sencilla**, como el niño que acepta lo que aprende de sus padres.

• **Esclarecida**, según el grado de la propia cultura e instrucción, y las propias obligaciones de estado.

• **Santamente orgullosa**, gloriándonos de tener, durante nuestra peregrinación terrena, a Dios mismo como Maestro y Guía.

• **Viva**, esto es, acompañada de obras, especialmente de las que proceden de la caridad; ya que el apóstol Santiago dice expresamente que la fe que no se traduce en actos, es una fe «*muerta*» (Sant. 2 14-26).

3º Grados de la virtud de fe.

Por lo dicho, la fe puede darse en tres grados distintos, que podríamos llamar *fe muerta, fe formada y fe perfecta* o espíritu de fe.

1º *La fe muerta, o FE ESPECULATIVA, es la fe en lo que tiene de esencial, que es la adhesión del entendimiento a las verdades reveladas, tal como se da en los catecúmenos antes de recibir por el bautismo la gracia santificante, o en los bautizados que han pecado mortalmente antes de recuperarla por la confesión.*

2º *La fe formada, o FE PRÁCTICA, es la fe vivificada por la caridad, y que, añadiendo la adhesión del corazón y de la voluntad a la fe especulativa, se traduce en obras. La fe muerta es sólo el primer paso sobrenatural del alma hacia Dios, mediante la ayuda de gracias actuales; mientras que la fe formada une el alma con Dios mediante la caridad.*

3º *El espíritu de fe, o FE PERFECTA, consiste en vivir habitualmente bajo la mirada de Dios, en juzgarlo todo y conducirse en todo según la luz de Dios. «El justo vive de la fe» (Rom. 1 17), esto es, toma las máximas de la fe como norma y regla de los juicios y apreciaciones de su entendimiento, y como principio de los actos de su voluntad.*

4º Excelencia de la fe.

El hombre se hace cristiano por la fe, y el cristiano se hace perfecto por la fe viva o espíritu de fe; de modo que la fe viene a ser la *condición fundamental* de toda vida sobrenatural:

1º El hombre se hace cristiano por la fe.

El Concilio de Trento enseña que «*la fe es el principio de la humana salvación, el fundamento y raíz de toda justificación*». En efecto, antes de tender hacia Dios por la esperanza, y de unirse a El por la caridad, es necesario creer en El, que se revela a nosotros como nuestro último fin: «*Sin la fe es imposible agradar a Dios. El que se llega a Dios debe creer que Dios existe, y que es remunerador de los que le buscan*» (Heb. 11 6).

Sin embargo, para justificar al alma, la fe debe estar informada y vivificada por la caridad: «*Aunque tuviera toda la fe hasta el punto de trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy*» (I Cor. 13,2); «*en Cristo Jesús no tiene valor alguno ni la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la fe que se muestra activa mediante la caridad*» (Gal. 5,6); «*la fe, si no tiene obras, está interiormente muerta...; pues por las obras es justificado el hombre, y no por la fe solamente*» (Sant. 2,14,24).

2º El cristiano se hace perfecto por el espíritu de fe.

Cuanto mayor sea nuestro espíritu de fe, más prevenidos estamos contra el pecado, firmes y tranquilos en las pruebas de la vida, seguros de alcanzar gracias selectas, valerosos y aun heroicos en la práctica de las virtudes.

1º El espíritu de fe nos hace evitar el pecado y vencer la tentación. El hombre de fe, que en todas partes se mantiene bajo la mirada de Dios, que aprecia todas las cosas a la luz de la Sabiduría divina, y que en todo se apoya en la ayuda divina de la gracia, es todopoderoso contra sus enemigos espirituales: «Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe» (I Jn. 5,4); pues nada puede el mundo y todas sus concupiscencias contra el alma que, animada de un profundo espíritu de fe, sólo busca los bienes eternos.

2º El espíritu de fe nos hace soportar las pruebas de la vida, por duras que sean, con firmeza, calma e incluso alegría. Pues el hombre de fe no se detiene en las causas segundas, sino que siempre sabe elevar su mirada hasta la causa primera, que es Dios, sin cuya voluntad o permiso no sucede nunca nada, y que, en su bondad y sabiduría infinitas, se compromete «a hacer cooperar todas las cosas al bien de los que le aman» (Rom. 8,28).

3º El espíritu de fe nos hace alcanzar del Corazón de Jesús las gracias que forjan a los santos. Dios, antes de conceder gracias selectas, suele exigir grandes actos de fe. • En el ANTIGUO TESTAMENTO, Abraham mereció convertirse en el padre del pueblo elegido sólo por su acto de fe extraordinario. • En el NUEVO TESTAMENTO, la Santísima Virgen María se convirtió en Madre de Dios gracias a su acto de fe en el mensaje del ángel: «¡Bienaventurada tú que has creído! Porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor» (Lc. 1,45); y Jesús, a lo largo de toda su vida pública, exige la fe como condición para sus favores y milagros: «Todo cuanto pidiereis en la oración, si tenéis fe, lo alcanzaréis» (Mt. 21,22); «todo es posible para el que cree» (Mc. 9,22).

4º El espíritu de fe nos hace practicar las virtudes con facilidad, valentía e incluso heroísmo. La fe no sólo es la primera de todas las virtudes, sino también la base y fundamento de cada virtud en particular. En efecto, el espíritu de fe nos ayuda a practicar: • la piedad filial hacia Dios, por la fe viva y habitual en nuestra filiación divina; • la piedad filial a María, por la fe viva y habitual en la grandeza de su maternidad divina, y en la realidad de su maternidad espiritual; • la caridad con el prójimo, por la fe viva en las palabras de Jesús: «Todo lo que hagáis al más pequeño de los míos, a Mí me lo hacéis» (Mt. 25,40); • la humildad, por la fe en nuestra nada de criaturas y nuestra abyección de pecadores; • la obediencia, por la fe habitual que nos hace ver en nuestros Superiores a los representantes de Dios, y en nuestras Reglas la expresión

de la voluntad divina; • la castidad, por la fe viva y habitual en nuestra condición de miembros de Cristo, de templos del Espíritu Santo, de hijos de la Virgen Inmaculada; • el celo, por la fe viva que nos hace comprender el precio de las almas; • todos nuestros deberes, en la medida en que este espíritu de fe nos hace tener como único criterio la santa voluntad de Dios, como fin su mayor gloria, y como medio el auxilio de la gracia y la ayuda materna de María.

En resumen, cuanto más el espíritu de fe vivifique nuestras menores acciones, más meritorias se hacen para nosotros, y más eficazmente contribuyen a nuestra santificación.

5º Ejercicio de la fe.

Nuestros deberes respecto a la fe pueden reducirse a tres: • *depurar* nuestra fe; • *hacer crecer* en nosotros la fe; • *vivir* de la fe.

1º Depurar nuestra fe es asegurarle su pureza e integridad. Para ello debemos: • mantenernos alerta contra los prejuicios y máximas del mundo, prohibiéndonos toda lectura y estudio que puedan hacer tambalear nuestra fe o infundirnos el espíritu racionalista del siglo; • esclarecer y fortificar nuestra fe con estudios serios y lecturas apropiadas a nuestra vocación y a nuestras necesidades; • oponer a las tentaciones contra la fe la humildad, la oración, la abnegación de nuestro sentimiento personal, un apego filial a las directivas de la Iglesia, la apertura y la docilidad respecto de quienes tienen la gracia de estado para guiarnos.

2º Acrecentar en nosotros la fe es fortalecerla y desarrollarla por medio de actos: • especialmente en el ejercicio de la oración mental, por la meditación asidua del Credo y de los misterios de nuestra fe; • a lo largo del día, haciendo frecuentes actos de fe en la presencia de Dios, y en la verdad o virtud que más se relaciona con las necesidades espirituales del momento.

3º Vivir de la fe es, por una parte, mantenernos en guardia contra la actividad puramente natural y el amor propio; y, por otra parte: • *VER A DIOS EN TODAS PARTES*, puesto que en todas partes está presente por su inmensidad, en todas partes permanece y vive en nosotros por la gracia santificante, y en todas partes nos es fácil transportarnos, de cuerpo o de pensamiento, ante su presencia eucarística; • *VER A DIOS EN TODO*: como Dios se ofrece a nosotros bajo el velo de las cosas creadas, hemos de adquirir el hábito de descubrirlo: *en las personas que nos rodean*: a Dios hemos de obedecer en nuestros Superiores, y amar y servir en nuestro prójimo; *en las cosas que nos sirven*: en los bienes, naturales y sobrenaturales, debemos ver los dones de Dios, por los cuales entramos en comunión con el Donador; *en los acontecimientos que nos afectan*: más allá de las causas inmediatas o segundas, debemos ver siempre la causa primera, Dios, que ordena todas las cosas al bien de los que le aman y sólo le buscan a El.